

sas extraordinarias, se fueron apoderando poco á poco de la justicia, sufrieron restricciones las atribuciones del preboste de París. El Chatelet, como los parlamentos, tuvo desde entonces facciones en aquellos tiempos de revueltas: sus prisiones en los días de la Liga, sirvieron mas de una vez de instrumento para las venganzas y las pasiones políticas. Sin embargo, bajo Luis XIV, el Chatelet de París era un poderoso cuerpo que formaba, en las grandes ceremonias, inmediatamente despues de los tribunales superiores y antes de las demas corporaciones.

Era inmenso su personal: ademas del preboste, el pro-

médicos, cirujanos, matronas juramentadas, cuatro compañías de policía de á caballo y á pie del preboste de la isla, del teniente criminal de túnica corta, etc.

Todo esto ha subsistido hasta la revolucion.

Los inmensos salones del gran Chatelet amenazaban ruina en muchos puntos. Luis XIV los hizo reconstruir bajo mas anchas proporciones. Este es el edificio que representa el grabado que damos con este artículo.

Fué levantado en 1684, no conserva mas que algunas de sus torres, que se ha tenido el buen talento de respetar.



Gran Chatelet de Paris.

curador general del parlamento, como guarda del prebostazgo, el lugar-teniente civil, el lugar-teniente de policía, el lugar-teniente criminal, dos tenientes particulares, se contaban cincuenta y seis consejeros, cuatro abogados del rey, un procurador del rey escoltado, diez y ocho sustitutos y jueces auditores, el pagador de los sueldos, sesenta escribanos, ciento trece notarios, cuarenta y seis comisarios para las diligencias, doscientos treinta y seis procuradores, una multitud de alguaciles de á pie y de á caballo, dos pregoneros, un guarda decretos, un sellador de sentencias, un receptor de consignaciones, un receptor de multas: y á la cola de este ejército de oficiales públicos,

SEGUNDA SERIE.—1836.

Este monumento ocupaba mucho mas que la plaza del gran Chatelet: fué demolido en 1802.

Si las ideas de respeto que se tienen ahora á todo edificio histórico hubiesen prevalecido entonces, es probable que no se hubiese arrasado completamente.

El pequeño Chatelet tenia algunos restos de construccion que se unian al palacio de las Termas. Era en el siglo XV el alojamiento del preboste de París. En el siglo XVIII se convirtió en una prision. Fué demolido en el año de 1782 y nadie lo ha sentido.

AÑO XIV. 36.

EL VESUBIO.

Todo pasa y Dios solo es inmutable. Al notar en su filosofía que los antiguos monumentos de la Grecia y de Roma se dejan roer por el tiempo, Moliere no se admira de ver su viejo castillo agujereado por los codos. Las colinas mas altas han bajado: la luna tiene sus enfermedades: el sol contrae llagas en su esfera, que los astrónomos llaman sus manchas: Osian, el ilustre bardo, preveía su decadencia.

«Tal vez, ¡oh, sol! no tienes mas que una estancia ya: tal vez sucumbiendo bajo el peso de las edades sufrirás un día nuestro comun destino, serás insensible á la voz de la mañana y te dormirás en medio de las nubes.»

Esto cantaba Osian.

Si es evidente que hasta el sol baja de siglo en siglo; si es cierto que parará cuando le llegue su hora, como lo ha predicho una palabra divina, no nos asombremos de lo que verán nuestros ojos y nuestros oídos dentro de algun tiempo.

El Vesubio se hunde, declina, baja, y bien pronto, sin

duda, un lago inmundo reemplazará su ardiente cresta. Muchos volcanes en nuestra misma España han tenido la misma suerte y su extincion no ha escitado pesares. Pero el Vesubio es ilustre, se ha tragado grandes hombres; ha devorado grandes ciudades; ha devastado ricos campos. Ademas hace mucho tiempo que ilumina con sus temibles resplandores las playas deliciosas de Nápoles.

De sus erupciones que han ocupado la fama, la primera se cuenta en el año 79 de la era cristiana. Ella ahogó, con Plinio el naturalista, las impuras ciudades de Pompeya y de Herculano. Desde esta época hasta el siglo XVII se han contado once erupciones. Pero hay cuatro en el siglo XVII, veinte y dos en el XVIII y quince ya en la primera mitad del XIX. Estos furiosos apresuran su ruina como hacen todos los escesos, y bien pronto la ascension del Vesubio á través de un fuego horroroso, árido y calcinado, no serán ya un placer para los viajeros, como lo han sido para nosotros; no serán mas que un recuerdo.

Nosotros no criticaremos á los que han hecho la expedicion para visitar el Vesubio: es preciso no disputar sobre gustos.

ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

LA ABUBILLA.

El origen del nombre de este pájaro es muy sencillo. Los latinos le llamaban *upupa*, que pronunciaban *oupoupa*. Esta palabra, en la que se puede conocer una grande analogía con el grito del pájaro *houp houp*, ó *pou pou*, es una *onomatopeya* como *cuculus*, el *cuco*: es decir, que el sonido mismo de la palabra es imitativo de la cosa que designa. Ahora pues; ¿hay necesidad de tan grande esfuerzo de imaginacion para descubrir que la palabra *abubilla* viene de *upupa*?

Por una estension muy natural, este nombre de un pájaro, cuyo atributo mas notable es el tener la cabeza coronada de un moño de plumas, ha sido en seguida aplicado de un modo general á toda especie de moños de la misma naturaleza.

Algunos autores miran la abubilla como el tipo de una gran familia que comprenderia los *promeropes* y los *cravos*: pero generalmente se está de acuerdo en formar de las abubillas propiamente dichas, una especie particular que tiene por caractéres su pico mas largo que la cabeza, un poco arqueado, débil, triangular en la base, comprimido en los costados, y cuya mandíbula superior escede á la inferior: narices ovales, situadas lateralmente en el nacimiento de esta mandíbula, y cubiertas por las plumas de frente: la lengua muy corta, suave, y pegada al fondo de la garganta; los tres dedos anteriores libres, ó no presentando sino una corta union entre el exterior y el del medio: las uñas ligeramente arqueadas, sobre todo en el pulgar: la cola compuesta de diez plumas grandes.

La abubilla teniendo muchas plumas, parece mas gruesa

de lo que es en realidad. Tiene de largo total sobre unas once pulgadas; y su peso, segun es mas ó menos gorda, es de dos y media onzas á tres ó cuatro, segun Buffon, de quien tomamos integramente la descripcion del plumaje de este pájaro, por miedo de no echarlo á perder.

«Su moño, dice el elocuente naturalista, es longitudinal, compuesto de dos filas de plumas iguales, y paralelas entre sí: las plumas del medio de cada fila son las mas largas; de modo que forman estando levantadas un moño redondo en semicírculo, de cerca de dos pulgadas y media de alto: todas estas plumas son rojizas, terminadas en negro: las del medio y las de atrás tienen blanco entre estos dos colores. Hay ademas de esto, seis ú ocho plumas todavia mas atrás, pertenecientes siempre al moño, las que son enteramente encarnadas y las mas cortas de todas.

«El resto de la cabeza y toda la parte anterior del pájaro, son de un gris claro, tirando tan pronto á rojo, tan pronto al amarillo. La espalda es gris en su parte anterior, listada transversalmente en su parte posterior con un blauc sucio sobre un fondo oscuro. Tiene una placa blanca sobre la rabadilla: las cubiertas superiores de la cola son negruzcas; el vientre y el resto de la pechuga, de un blanco rojo; las plumas de la cola negras, listadas de blanco; el fondo de las plumas de color de pizarra.

«De todos estos diferentes colores asi distribuidos sobre el plumaje, resulta una especie de dibujo regular de magnífico efecto, cuando el pájaro endereza su moño, estiendo sus alas libremente, y esponja su cola, lo que le sucede frecuentemente. La parte de las alas mas inmediata á la espalda, presenta entonces de una parte á otra una raya transversal negra y blanca, casi perpendicular al eje del cuerpo: la mas alta de aquellas rayas tiene un matiz rojizo, y se une á una herradura del mismo color, que se dibuja sobre la espalda, y cuya convexidad se aproxima á

la placa blanca de la rabadilla: la mas baja que toca al ala en la mitad de su circunferencia, va á unirse á otra lista blanca mas ancha, que atraviesa aquella misma ala á dos dedos de su punta, y paralela al eje del cuerpo. Esta úl-

vantado de color de oro, listado de negro, se tiene entonces la idea mas exacta del plumaje del pájaro, difícil de comprender describiendo separadamente cada pluma, y cada una de las barbas de esta pluma.



La abubilla.

tima raya blanca corresponde así á una media luxa del mismo color, que atraviesa la cola á igual distancia de su estremidad, y forma en ella el marco del cuadro. En fin, cuando se presenta el conjunto coronado por el moño le-

La situacion natural del moño de plumas que lleva sobre la cabeza, es estar echada atrás cuando la abubilla se halla tranquila. Es preciso que esté agitada por un movimiento de sorpresa, de amor ó de cólera, para que aquel

moño le enderece redondeándole en semicírculo. Este efecto se produce por un músculo colocado entre la cima de la cabeza y la base del pico. Cuando está tirado hacia atrás se levanta el moño; le baja cuando le tira hacia el lado del pico.

Parécense mucho los dos sexos. Sin embargo, la hembra es un poco mas pequeña que el macho, y su moño mas corto. Los polluelos con el pico menos largo, tienen mas color de ceniza sobre la pluma, y mayor número de manchas sobre los costados y los muslos.

Las abubillas son pájaros de paso, que llegan á nuestras comarcas en la primavera, y las dejan en el otoño. Parece que se van entonces á Africa. Se hallan diseminadas en casi todo el antiguo continente, desde la Suecia donde habita en los grandes bosques, y aun desde las islas Orcades y la Laponia, hasta las Canarias y el Cabo de Buena-Esperanza por una parte, y por la otra hasta las islas de Ceilan y de Java. La Inglaterra es el país de Europa que frecuentan menos, y en el Mediodía es donde se les halla mas. Como los scarabeos, las hormigas y otros insectos, forman con las ramas su alimento ordinario: los llanos bajos, húmedos, los bosques, las zarzas, son los sitios en que fijan sus nidos. Además no viven en bandadas, y casi siempre se les halla solas y apareadas. Anidan frecuentemente en los huecos de los árboles, así como lo demuestra de una manera muy pintoresca el grabado que del natural ha copiado un célebre naturalista inglés, Mr. Goul, y que presentamos á nuestros lectores. En esos huecos á diez ó doce pies de altura de la tierra, ó bien en las grietas de las rocas, deposita la hembra cuatro ó cinco huevos un poco mas gruesos que los del mirlo, y de un color ceniciento blancuzco.

No es cierto que la abubilla tenga, como se ha pensado largo tiempo, el hábito y costumbre de poner una capa de su nido de las materias mas infectas del excremento del lobo, de la zorra, del caballo, de la vaca, en una palabra, de toda clase de animales sin exceptuar al hombre, y esto, se decía, con intencion de rechazar por el mal olor los enemigos de sus nidos. Si alguna vez se encuentran restos de estos excrementos en su nido, es porque va reuniendo los insectos destinados al alimento de sus polluelos sobre inmundicias, y conserva necesariamente manchas. Por otra parte no se puede negar, que su nido sea muy sucio y apesadado, lo que proviene de que, hallándose colocados en agujeros profundos, los polluelos débiles todavía, no pueden alejarse para arrojar su basura fuera, y la depositan á la entrada, donde se acumulan, y donde en efecto la mano indiscreta que tiene que penetrar en el interior del nido, no puede menos de inficionarse. De aquí sin duda ha procedido el refrán de *sucio como una abubilla*; empero este pájaro, salvo el caso en que se trate de alimentar á sus polluelos y darles los cuidados que son necesarios, desmiente completamente este refrán.

Jóvenes ó viejas las abubillas se acostumbran á la domesticidad, se hace muy mansas, y se acostumbran sin pena y sin trabajo á los alimentos que se les da, como lo prueba un ejemplo citado por Buffon. Habia tenido ocasion de ver uno de esos pájaros, que habia sido cogido por una red, ya crecido, y que por consecuencia tenia las costumbres de la naturaleza, y su afición á la persona que lo cuidaba era viva y aun exclusiva. No parecia contenta ni satisfecha sino cuando estaba con ella. Si venian extraños, entonces le-

vantaba su moño por efecto de sorpresa ó de inquietud, ó iba á refugiarse bajo la colgadura de una cama, que se hallaba en el mismo cuarto: algunas veces hasta se llegaba á bajar de su asilo; pero era para volar derecho al hombro de su ama. Ocupábase únicamente de su querida ama, y parecia no ver mas que á ésta. Tenia dos voces muy diferentes, la una mas dulce, mas interior, que parecia formarse en el seno mismo del sentimiento, y que se dirigia á la persona amada: la otra mas ágría, mas penetrante, y que demostraba la cólera ó el terror. No lo tenían en jaula ni de día ni de noche; tenia libertad de recorrer toda la casa. Sin embargo, aunque las ventanas estaban frecuentemente abiertas, jamás mostró el menor deseo de escaparse, y su pasión por la libertad fué siempre menos fuerte que su afición al ama.

Detalles semejantes que nos da un naturalista alemán, Mr. Beichstein, no tienen menos interés ni son menos entretenidos que los que acaban de leerse.

«A fuerza de cuidados y de atenciones, escribia á un corresponsal Mr. de Beichstein, llegué á criar dos jóvenes abubillas que habia cogido en un nido en la copa de una encina. Estos pajarillos me seguian por todas partes, y cuando me oian llegar manifestaban su alegría por un gorgojo particular, saltaban en el aire, ó cuando me habia sentado se colocaban sobre mis rodillas, sobre todo cuando les presentaba un plato de leche, cuya nata tragaban con ansia: trepaban despues cada vez mas alto, hasta que al fin se colocaban sobre mis hombros, y algunas veces sobre mi cabeza, acariciándome con mucho afecto: no tenia, sin embargo, mas que decir una palabra para desembarazarme de su compañía, é inmediatamente se retiraban á sus jaulas. En general observaban mis ojos para descubrir cual era mi humor y obrar con arreglo á él. Los alimentaba como á los ruiseñores, con miga de pan, á la que añadia algunos insectos: jamás tocaban á los gusanos de tierra, pero les gustaban mucho las mariposas y las hormigas. Las mariposas comenzaban por matarlas; despues las golpeaban con su pico, de manera que formaban una especie de bolita, y hecho esto la arrojaban al aire á fin de atraparla al vuelo y tragársela. En lugar de bañarse se revolcaban en la arena. Los coloqué un dia en un jardín inmediato para ponerlos en situacion de atrapar los insectos, y tuve ocasion de notar su innato temor á los pájaros de presa, y su instinto en esto. Desde que veian un cuervo, inmediatamente se echaban en el suelo con las alas tendidas sobre la cabeza, á la que cubrian con sus grandes plumas. Rodeábanse así de una especie de corona formada de las plumas de las alas y de la cola, la cabeza echada hacia atrás y el pico al aire: tan pronto como el pájaro que les habia asustado se marchaba, se levantaban saltando y dando gritos de alegría. Les gustaba tenderse al sol, mostrando su satisfaccion al repetir con voz temblorosa *vec, vec, vec*. Cuando se hallan incomodados, su grito es rudo, y el macho, que se distingue por su color mas rojo, grita *houp, houp*»

Las abubillas se ponen gordas en el otoño, y entonces son bastante buenas de comer; pero su carne, reputada inmundicia por los judíos: conserva siempre un olor de almizcle al que se atribuye la repugnancia que tienen por ella los gatos, esos animales tan golosos por los pájaros.

Decian los antiguos que las abubillas jóvenes cuidaban

de su padre y madre caducos, los calentaban bajo sus alas, los ayudaban en el caso de una mudanza laboriosa, á dejar sus antiguas plumas; soplaban en sus ojos enfermos y aplicaban á ellos yerbas saludables, etc. Así los egipcios habian hecho de esta ave el emblema de la piedad filial. Se atribuía también á ese pájaro el conocimiento de las yerbas propias para destruir las fascinaciones, devolver la

vista á los ciegos y abrir las puertas cerradas. Su corazón, sus sesos, su hígado comido con fórmulas misteriosas ó aplicado sobre ciertas partes del cuerpo, pasan por tener el don de curar la jaqueca, restablecer la memoria, proporcionar el sueño, hacer estos mas agradables, etc., etc. Es inútil decir que todas estas relaciones no son mas que fábulas.

RECIENTES ESCAVACIONES EN LA VIA APPIA.

Si la via Appia merecia todavía en el siglo V el nombre de reina de los caminos, *regina viarum*, que justificaba la admiracion de Procopio, mucho ha decaído desde entonces. No ofrece ya aquel empedrado de piedras pulimentadas, perfectamente unidas entre sí, que habia resistido el transcurso de los tiempos, al choque de las ruedas, y al paso de los caballos. La esplotacion, mas funesta que el torrente de los siglos, no ha respetado el camino ni los monumentos inapreciables que le rodeaban. Los empresarios de obras no han visto mas que materiales en aquellos nobles vestigios de la antigua Roma. Los aficionados á antigüedades, no menos codiciosos y casi tan funestos, han recogido para dispersarlos bien pronto ó para destruirlos y perderlos, una multitud de objetos muy notables. Algunas raras columnas, materiales salvados de las devastaciones de la edad media, inscripciones que servian para denotar algunos particulares en los lugares donde se hallaban, fueron también arrebatadas sin que se tuviese cuidado de marcar el lugar donde habian sido cogidas. Se descuidó tanto aun en la conservacion de las grandes colecciones hechas durante el siglo pasado para adelantar en el estudio de la antigüedad, que inútilmente se las busca hoy.

Ahora se demuestra mas prudencia y prevision.

Nosotros presentamos á los ojos de nuestros lectores la vista actual de la via Appia.

Se habia abandonado la parte de la via Appia que se estiende desde el sepulcro de Cecilia Metella, y este estado de cosas era objeto del pesar universal. No solamente se reclamaba la restauracion al uso público del camino mas corto y mas cómodo que el moderno, que parte desde la puerta de San Juan, sino todavía se esperaba que con la nueva construccion se descubriesen los restos de los antiguos monumentos existentes á lo largo del camino.

Estos deseos se manifestaron, sobre todo, en la época en que Pio VI restableció la parte de la via Appia que atravesaba las lagunas Pontinas, en el año catorce de su pontificado. La empresa fué de nuevo vivamente recomendada á la vuelta del santo padre á sus estados: despues, en 1817, cuando Fernando, rey de las Dos Sicilias, hizo conocer su designio de visitar á Roma, se propuso abrir aquel camino para solemnizar su entrada en la antigua capital. Se tuvo el mismo pensamiento en honor del emperador Francisco I á su vuelta de Nápoles. El duque Juan Torlonia, comprador de numerosos terrenos á lo largo de este camino, lejos de oponerse á la restauracion proyectada ofreció generosamente grandes cantidades para llevarla á cabo.

Sin embargo, todo se limitaba todavía á simpatias y deseos, y en el intervalo el camino quedó á merced de empresarios. Continuaron en destruir desapiadadamente los restos de la antigua via para aprovecharse de las masas de piedra y otros materiales que les proporcionaba la demolicion del antiguo monumento. A principios del año de 1850, una nueva calamidad: esploraciones emprendidas por la esplotacion particular á lo largo de la via Appia, produjeron las mas deplorables depredaciones: el objeto que se proponian los esploradores, no podia menos de alarmar á los verdaderos amigos de las antigüedades sobre el resultado de las investigaciones. Súpolo con tiempo la autoridad y mandó algunas inspecciones, que hicieron conocer la necesidad de poner un término á aquellos trabajos parciales y mal dirigidos, y emprender escavaciones regulares por cuenta del gobierno.

Hizo restituir primero al dominio público el suelo mismo del camino y á cada lado una anchura de cien palmos, á fin de que los monumentos inmediatos al camino volviesen también á la propiedad del Estado. En la mayor parte de este tránsito se debió construir á una parte y á otra muros protectores y levantar barreras y empalizadas para separar el terreno público de la propiedad particular.

Entonces, en el mes de diciembre de 1850 se pudo trabajar de una manera mas regular y proseguir los trabajos todo el año siguiente entre la cuarta y la quinta milla. En el curso de 1852, los descubrimientos y restablecimiento del camino llegaron á la novena milla. En la primavera de 1853 se estendia hasta la undécima y se alcanzó hasta el punto en que la via ordinaria se une con la antigua y sigue su direccion.

El 13 de mayo de 1853 visitó el papa Pio IX estos trabajos, reconoció su importancia y mostró su satisfaccion. Se acuñó una medalla con esta inscripcion:

VIA APPIA RESTITUTA A TEMPLO SANTI SEBASTIANI AD AROVILLA.

El sabio Canina fué el encargado de la direccion de los trabajos, y para conservar el recuerdo de los descubrimientos hechos en estas escavaciones, publicó la descripcion de ellos.

Obra difícil desde luego á causa de la multiplicidad de monumentos levantados á lo largo de aquella célebre via, desde su primer establecimiento hasta la caída del imperio romano: despues, á causa de los destrozos de la época de los bárbaros y del saqueo de los constructores de obras. Aun en los tiempos mas próximos á nosotros habia continuado la destruccion, aunque se conoció desde luego l



necesidad de conservar aquellos monumentos á las artes y á la historia.

Entretanto la obra de la restauracion no puede considerarse completa con los trabajos que se han ejecutado hasta el día, porque es preciso considerar primero, que el suelo descubierto pertenece en la mayor parte al recalce ejecutado despues de la caída del imperio: trabajos en los que se empleó por economía diversas masas de piedra que se amontonaron sobre el antiguo suelo.

No se puede, sin embargo, restablecer en su primitivo nivel, sin quitar toda aquella sobrecarga y sin destruir al mismo tiempo un gran número de monumentos fundados sobre el suelo levantado.

Parecía preciso hacer atentas escavaciones á los dos lados del camino, bajo un nivel, para descubrir todo lo que pueda hallarse allí sepultado, y estos trabajos prometen los mas hermosos resultados, porque las escavaciones de los que buscan antigüedades, no llegaron jamás á tanta profundidad.

Sería preciso llevar mas cerca de la ciudad la restauracion de la via antigua desde la primera milla hasta donde

comenzaron los trabajos ejecutados ahora: seria preciso prolongarla al menos hasta el sepulcro de Cecilia Metella, es decir, hasta la tercera milla. En esta parte de la via podría esperarse descubrir importantes monumentos, porque esta parte del camino, habiendo estado ocupada por el muro de circunvalacion ha estado puesta al abrigo de los exploradores de antigüedades.

Por último, queda todavía que hacer el restaurar los monumentos descubiertos, ó al menos que se recojan y pongan al abrigo de las causas de destruccion los restos de las decoraciones de aquellos monumentos, como ya se ha hecho con Corona, siguiendo el ejemplo dado por Cánova. Pero quedan una infinidad de semejantes trabajos que hacer en otros muchos monumentos de la mas grande importancia, como por ejemplo, sobre el que vulgarmente se llama el *Casal rotondo*.

Cada día van dando nuevos descubrimientos estas escavaciones, habiéndose encontrado bajos relieves que adornaban algunos sarcófagos, los cuales el papa actual, Pio IX, tan amante de las artes, los conserva cuidadosamente en los magníficos museos del Vaticano.



Una vista de la via Appia, despues de las escavaciones comenzadas en 1850.

INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

- La Camelia. Aventuras de una rosa y una camelia, pág. 4.
 Quien tal hizo que tal pague, ó el asistente de Sevilla, por don José Muñoz y Gaviria, ps. 9, 40.
 Un bosquejo de las costumbres vendeanas, p. 46.
 El libro de las oraciones de Margarita, p. 48.
 El nuevo bosque de Bolonia en París, pág. 48.
 Bárbara la morena, ó la mendiga de la Via Sacra, p. 27.
 Los expedientes ó tretas de lord Pembroke, p. 33.
 Hombre pobre todo es trazas, páginas 35, 62.
 El escrúpulo; viage al rededor de un dedo de una marquesa, p. 46.
 La peste de Sevilla, por el conde de Fabraquer, p. 49.
 El gallo y la gallina, por Mery, p. 51.
 Agnesia, ó el arroyo de las primaveras, p. 59.
 Empleo de los vidrios, p. 68.
 El reloj de la catedral de Strasburgo, p. 74.
 Sinonimia castellana, por don Manuel Breton de los Herreros, p. 76.
 Anécdotas históricas de Federico el Grande, p. 77.
 Los dos altares, p. 83.
 Orfila, por don José Muñoz y Gaviria, p. 88.
 La imprenta, p. 92.
 Escena de la vida campestre, p. 93.
 Recuerdos de Normandía, por el conde de Fabraquer, p. 93, 109.
 Un incendio en las sábanas de América, p. 98.
 Las pipas, ó los hijos de Tecla la húngara, p. 99.
 Benvenuto Cellini, por don José Muñoz y Gaviria, p. 103.
 Las carreras de caballos, por don José Muñoz y Gaviria, p. 111.
 La hermosa Paula de Tolosa, p. 116.
 Shakspeare, p. 119.
 Cuadro del reinado de Fernando IV, por el conde de Fabraquer, p. 121.
 Historia de un grano de trigo, p. 123.
 Dorotea, ó el cántaro milagroso, p. 132.
 Máxima moral, p. 135.
 Emigración de las aves, por don José Muñoz y Gaviria, p. 139.
 La puerta de San Lorenzo en Roma, p. 139.
 Hombres célebres.—Nicolás Poussino, p. 142.
 Las cascatedas de Tívoli, en Roma, página 145.
 Paulina, por Paulina Merlin de Amélot, p. 156.
 Samuel Hahnemann, p. 157.
 Basilina y Basileta, ó los huesos de cecezas, p. 161.
 La torre de Santiago de la Boucherie, p. 164.
 El precio de los grabados, p. 166.
 Fábula árabe, p. 168.
 De los instrumentos músicos entre los griegos y los romanos, p. 169.
 Los hijos de la castellana, p. 171.
 El primer paso en el vicio, ó el joven y el peral, por el conde de Fabraquer, p. 174.
 La torre del castillo de Olmedo, por don José Muñoz y Gaviria, p. 174.
 La montaña de los Leones en Orán, p. 186.
 La isla de Malta, 190.
 La encina de Musa, p. 194.
 La familia suiza, p. 196.
 El coche de Carlos II, 198.
 La Turquía y los turcos, 199.
 Un invierno en los hielos del Polo, páginas 203, 225.
 Una vila en los alrededores de Roma, p. 210.
 Los baños en Rusia, p. 211.
 Los borregos.—El portazgo de Alcántara, por don J. M. y Gaviria, p. 216.
 La caza del hombre, p. 217.
 La dama de las montañas, p. 221.
 Bandera encarnada, p. 221, 243.
 El mundo es un sueño, 230.
 Una ruina de un convento de San Bruno, p. 231.
 Los cartones de Rafael, p. 234.
 Los juegos florales, p. 240.
 El privilegio de San Roman, p. 242.
 El organista de la aldea de Batz, página 251.
 Nueva iglesia de San Eugenio en París, p. 255.
 La rosa misteriosa, p. 258.
 Ultimo tiro de la escopeta de Lamar-tine, p. 260.
 Las abejas, p. 261.
 La peregrinación de Santa Ana de Auray, p. 266.
 El sueño y la realidad, p. 270.
 La Crimea, p. 271.
 Anécdotas históricas sobre Federico el Grande, p. 275.
 París antiguo, p. 279.
 El Vesubio, p. 282.
 La Abubilla, id.
 Recientes escavaciones de la via Appia, p. 285.

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

- Susana Bachon, página 4.
 Gaspar Tagarote, p. 5.
 El doctor Gaspar, Bachon y Susana, página 8.
 Jorge quedó estupefacto con los calzones en la mano, p. 9.
 Aldeana hilando, p. 46.
 Un entierro, p. 17.
 Habitantes del Marés, p. 48.
 Casita suiza en el nuevo bosque de Bolognia, p. 25.
 Cascada en el nuevo bosque de Bolognia, p. 32.
 Lord Pembrok, p. 33.
 Los tres estudiantes, p. 37.
 Si no dejais franca la calle.... p. 41.
 La marquesa de Luxale, lady Enriqueta, lady Bell, p. 48.
 ¿Qué quereis que haga yo con estas monedas? p. 49.
 Las zorras en un corral, p. 56.
 La gallina y sus polluelos, p. 57.
 Las trazas de Eusebio, p. 65.
 Jansen y sus gafas.—Galileo y su antejo de larga vista.—Newton, Herschel y sus telescopios, p. 69.
 El descendimiento de la cruz, p. 72.
 El reloj de Strasburgo, p. 73.
 Federico el Grande habia vuelto de su letargo, p. 80.
 Los pobres cervancieros se arrojaron á los pies del rey, p. 81.
 Orfila, p. 88.
 Primer curso de Orfila, p. 89.
 Vista del Havre, p. 96.
 Un incendio en las sábanas de América, p. 97.
 Benvenuto Cellini trabajando en su taller, p. 104.
 Benvenuto Cellini á los pies de Francisco I, p. 105.
 Estatua de Perseo, p. 108.
 Vista de la Casa de Campo en un dia de carreras, p. 112.
 Jokey, p. 113.
 Sacó de un estuche un rollo de papel, p. 117.
 Shakspeare y el enterrador, p. 120.
 Fernando VI.—Farinelli.—El marqués de la Ensenada, p. 124.
 Siembra.—Alimento de las aves.—Trillo.—Molino, 123.
 Sombreros.—Sillas.—Esteras.—Juguetes, p. 124.
 Oropéndola de los Estados-Unidos, página 136.
 Tuve el gusto de volverla á ver, página 137.
 Retrocede al aspecto del cadáver desnudo y ensangrentado, p. 140.
 Nicolás Pousino escribiendo su testamento, p. 144.
 Las cascadas de Tivoli, p. 145.
 Paulina, 149.
 Era una boda sencilla pero alegre, página 132.
 Paulina casada, p. 153.
 Hahnemann descubriendo la homeopatía, p. 160.
 La torre de Santiago de la Boucherie, p. 165.
 El canal helado, p. 168.
 Flautistas y tocadores de lira griegos, p. 169.
 Ansures y Vargas, p. 176.
 Ansures y los soldados bebiendo en la taberna, p. 177.
 Doña Sancha Mendoza, p. 184.
 La santísima Virgen apareciéndose á Juan Pedro Ansures, p. 185.
 Vista de Oran, p. 189.
 Vista de la isla de Malta, p. 192.
 La encina de Musa, p. 193.
 Gran bazar de Constantinopla, p. 200.
 Mezquita de Santa Sofia, p. 201.
 El oso se habia precipitado sobre los dos combatientes, p. 208.
 Vista de la vila de Adriani, p. 209.
 Pontazgo romano del Tajó, (hoy puente de Alcántara), p. 216.
 Orillas del Missouri, p. 217.
 El cardenal Mazarino y Luis XV, página 224.
 El rey salió á su encuentro para recibirle, p. 225.
 Ruina de un convento de San Bruno, p. 232.
 La conversion de Paulo Sergio, proconsul de Asia, p. 234.
 Clemencia Isaura, establece los juegos florales, p. 240.
 El privilegio de San Roman, p. 241.
 Desmarais, presidente de los notables de Burdeos, p. 244.
 El cardenal Mazarino, p. 248.
 Mazarino presentando á Colbert, página 249.
 Un perro se adelanta á tomar su parte, p. 253.
 Vista exterior de la iglesia de San Eugenio, p. 257.
 Vista interior de la iglesia de San Eugenio en Paris, p. 257.
 Vista de una colmena y de sus abejas, p. 264.
 El gran perdon de Santa Ana de Auray, pag. 265.
 El mariscal Pellisier, duque de Malacoff, p. 272.
 Paisage de la Crimea, p. 273.
 Pequeño Chatelet de Paris, p. 280.
 Gran Chatelet de Paris, p. 281.
 La abubilla, p. 283.
 Una vista de la Via Appia, despues de las escavaciones comenzadas en 1850, pág. 286.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS DE ESTE TOMO.

Portada.
 El libro de oraciones de Margarita, p. 48.
 La Mendiga de la via Sacra, p. 27.
 Agnesia ó el arroyo de las Flores, p. 59.
 Escenas de la vida campestre, p. 93.
 Los dos hijos de Tecla la Húngara, p. 99.
 Dorotea ó el cántaro milagroso, p. 132.

Basilina y Basileta ó los huesos de cerezas, p. 161.
 Los tres hijos de la Castellana, p. 174.
 La familia Suiza, p. 196.
 La dama de las montañas, p. 224.
 Fatima ó la rosa misteriosa, p. 258.
 El sueño y la realidad, p. 270.